

"El liberal", Madrid, 4 mayo 1923



¡Plebiscito! ¡Qué locura!

Ningún pueblo vota de esa manera un destronamiento

¿Plebiscito? ¡Bah, plebiscito! ¡Con que nadie cree en las elecciones, y vamos a creer en el plebiscito ese inventado por los legisladores de la donosa ocurrencia del voto obligatorio, por los profesionales de la ciudadanía de mogollón, por los patriotas de carrera, por los bullangueros del orden, por los de la revolución desde arriba!

¡Plebiscito! Deberían serlo estas elecciones generales; no lo serán. Estas elecciones, que deberían ser hechas a base de una campaña de responsabilidades y de reforma constitucional. Pero es más cómodo armar el artificio del encasillado, nombrar alcaldes de real orden, cambalachear y regatear con la oposición de su majestad, conchabarse aquí con éste y allá con aquél. Ni un candidato de la concentración, ni siquiera de los conformistas de ésta, se ha ido, que se pamos, al pueblo, cara a cara, en el mitin, a predicar su acción parlamentaria futura; visitas al ministerio de la Gobernación, donde se matriculan.

Y Romanones, el ujier y gendarme del dinastismo neto en el Gabinete, azuza a sus liberales no demócratas contra los mesnaderos de la democracia concéntrica; quiere dar guerra. Esle menester llevar una mesnada propia que en el momento de peligro, cuando lo de las responsabilidades amague llegar al lindero de la irresponsabilidad e irrumpir en ésta, pueda alterar el equilibrio de las fuerzas parlamentarias, provocar la escisión y tupir el boquete.

¡Plebiscito! Se quiso que en cierto modo lo fuesen aquellas elecciones que se proyectaron en Llodio cuando el infeliz Dato prometió una mayoría anticonstitucionalista que sirviera a la política personal del jefe del Estado convertido en jefe de partido político. Y desde entonces han ido marrando todos los ensayos de plebiscillos.

¡Plebiscito! ¡Y hablan los plebisci-

tarios—¡comediantes!—de los políticos profesionales! No alta política de Estado, no soberano regimiento civil, no suprema dirección patriótica, no moderación de fuerzas contrapuestas, sino baja politiquilla de clientela es la que se ha estado y se sigue haciendo desde la camarilla soberana. Y no ya politiquilla de esa, caciquil, sino ¡hasta electorería!

¡Plebiscito! A un rey que se le ocurriera acudir a él para asegurarse de la confianza de su pueblo es que no la merecía. Esa confianza se escudriña de otro modo. Y, sobre todo, no se mendiga esa confianza.

“¡Que me voy, que me voy!” El que acude a ese recurso para forzar complicidades debe irse desde luego. Es como el que sabiéndose por ley irresponsable, se declara dispuesto, si le toca el caso, a responder mientras a trasmano, y en la penumbra trajina a escondidillas para que no tengan que hacerlo debidamente los que encubrieron las transgresiones de su irresponsabilidad. Váyase de una vez y acábase este juego—¡juego todo!—del “me voy y no me voy”, del “me largo y me quedo”. Hoy lágrimas, mañana argumientos de frente, al otro encogimiento de hombros. Esto no es serio, ni como comedia.

El pedir un Gabinete un voto de confianza al parlamentario suele ser una especie de chantaje. Cuanto más ese otro que representa el plebiscito de que hablan los profesionales de la ciudadanía, los dinásticos de ocasión.

Se dijo antaño del reino de España que crecía como los agujeros, perdiendo tierra. Así quiso luego, es decir, ahora, crecer la realeza, achicando los demás poderes. Quiso hacerse cogollo de condensación, centro de agrupamiento de fuerzas, dispersando éstas y aun disolviéndolas. “Divide y vencerás”—se ha dicho. Y no tiene en qué apoyarse.

¡Plebiscito! ¡Qué locura! Ningún pueblo vota de esa manera un destronamiento.

Y además, ¿puede creer nadie que esos que explotan la especie de que haya pasado por la mente del rey el abdicar fingirían siquiera escandalizarse del desamparo en que dicen que le dejan los políticos de turno si creyeran que después de esa abdicación el pueblo se entregaría a una repú-

blica regida por la camarilla de Maura? No; no quieren sostenerle al rey; quieren que el rey les sostenga; quieren hacerle la forzosa. Vienen a decirle: “¡No le queda, señor, más sostén que nosotros!” Lo que acaso sea

verdad. Pero eso no es sostén; es otra cosa.

¡Amargo trance, sin duda, cuando después de Annual hubo que llamar a Maura a que echase una compostura de componedor! ¡No a que liquidase la culpa, no! Y el que dice que nunca ha gobernado todavía, se aprestó a nuevas componendas de tercería. Bajo su presidencia dictó el ministro más responsable de todo el derrumbe, el político más disolvente, el nefasto Cierva, aquellas reales órdenes para abroquelar a la irresponsabilidad, rea del descalabro. Y Maura fué a la comedia triste de Pizarra.

¿Plebiscito? Alboroto en Tánger, con achaque de lo de la almadraba—dispuestas ya tropas para entrar allá—; avance sobre Alhucemas después de la escapatoria a Londres y París, y descalabro de Annual; fracaso de la manifestación fajista del Tercio; rescate de los cautivos por vía nada dinástica; rechazo público del proyecto de ir a castigar a la cábila de Alhucemas... ¿Plebiscito...? ¿Qué más? Cuando se ha echado mucho el cuerpo adelante no es hacedero ya retirarlo. Maquiavelo daba muy agudos consejos al caso.

El fracaso de la política individual o camarillesca es evidente. Será la fatalidad, puede ser...; pero la fatalidad es mensajera de Dios, es providencia.

¡No, no; plebiscito, no! No hace falta. Lo que hay que hacer es ponerse a solas, con la conciencia desnuda, frente a Dios—el de la gracia—, y preguntarse: “¿Patria o patrimonio?”

MIGUEL DE UNANUÑO



VNIVERSIDAD DE SALAMANCA

GREDO.USAL.ES